

Esta declaración concordaba con lo manifestado por la Cámara de los pares á una comisión de cinco diputados que había ido á consultarla sobre aquel proyecto. La Asamblea nombró otra comisión de doce miembros, encargada de ir á entregar al duque de Orleans un mensaje en que se le comunicaba dicho acuerdo; y una tercera comisión de diputados recibió el encargo de llevar al general Lafayette y á la comisión municipal otro mensaje proponiendo que la representación interina de la nación ejerciera el poder hasta saber lo que deseaba la mayoría de los franceses.

Mientras tanto, el desorden y la confusión reinaban en Saint-Cloud. Las tropas carecían de víveres y la población se negaba á proporcionárselos á ningún precio. Grupos de insurrectos empezaban á dejarse ver en las alturas que dominan el histórico castillo. Versalles se había pronunciado el día antes en favor de la insurrección. El general Vincent, que trató de sofocarla con unos 1.500 jinetes, volvió á Saint-Cloud sin haberse atrevido á atacar á los paisanos armados que eran dueños de la ciudad. Aquel fracaso fué la señal de numerosas deserciones. Hubo regimiento que casi en masa abandonó sus posiciones. Injustos con Marmont, que aconsejaba al rey que se retirase con su ejército al otro lado del Loira, los ministros y los cortesanos de Carlos X hacían recaer sobre él la responsabilidad de la situación desesperada en que se encontraba la causa real.

La comisión de doce diputados que fué á ofrecer el cargo de teniente general del reino al duque de Orleans no encontró á este príncipe en el Palais Royal ni pudo averiguar donde se hallaba. Sebastiani escribió entonces una carta, que firmaron todos los individuos de la comisión y en la cual se incluyó el mensaje. Un joven criado de la casa se comprometió á hacerla llegar á su destino, y á las pocas horas llevó á casa de Laffitte la respuesta de que el duque acudiría al día siguiente. El desaliento se había apoderado otra vez de los diputados, que temían haberse comprometido inútilmente ofreciendo la corona al duque de Orleans. A las once y media de la noche no quedaba más que Benjamín Constant en casa de Laffitte. «¿Qué va á ser mañana de nosotros?» preguntó éste á su amigo, quien contestó: «Mañana nos ahorcan.»

El duque de Orleans se había retirado al Raincy el jueves por la tarde. Hasta cerca del mediodía del viernes no tuvo noticia de la marcha de los acontecimientos y de la visita de Thiers, por cartas de la duquesa y de la princesa Adelaida. Esta le aconsejaba que regresase á Neuilly. Después de vacilar mucho tiempo, se puso en camino para esta residencia, donde recibió el mensaje de la Cámara y una carta de Laffitte que le obligaba á tomar una resolución. A las once de la noche, después de nuevas vacilaciones, se trasladó á París, á pie, vestido de burgués, sin más compañeros de ruta que su ayudante Berthois y el coronel Heymés. Hasta la puerta de los Campos Elíseos pudo avanzar sin obstáculo alguno; pero, una vez dentro de la ciudad, encontró desampedradas las calles y á cada cincuenta pasos tropezó con una barricada guardada por centinelas que no le dejaron franco el paso sino después de haber respondido al «¡quién vive!» Habían sido rotos los faroles; las calles estaban sólo alumbradas por algunos farolillos

colocados en las ventanas de las casas principales; en todas partes reinaban la soledad y el silencio. Sólo en las inmediaciones de su residencia encontró el príncipe movimiento y ruido. La plaza y los patios del Palais Royal estaban llenos de gente armada, que había establecido allí sus vivaques. Apenas hubo entrado en el palacio, el duque envió un oficial á Laffitte y otro al general Lafayette para anunciarles su llegada. Luego encargó á un tercer emisario que fuese al Luxemburgo en busca de Mortemart, «para un asunto que interesaba á la causa del rey.» Presentóse el primer ministro de Carlos X en el Palais Royal, y fué introducido en una estancia en que el duque de Orleans, tendido en el suelo sobre un colchón, le recibió medio vestido, diciéndole: «Duque de Mortemart, si veis al rey antes que yo, decidle que me han traído por fuerza á París, pero que me dejaré hacer pedazos antes de dejar que pongan la corona sobre mi cabeza. El rey me acusa, indudablemente, de no haber querido ir á Saint-Cloud. Lo siento. Pero, sabedor de que desde el martes le excitaban á que me hiciese prender, confieso que no quise ir á meterme en un avispero. Por otra parte, temía que los parisienses viniesen por mí, y me escondí en un sitio que nadie conocía más que mi familia. Pero anoche una multitud de hombres invadió Neuilly, buscándome de parte de los diputados reunidos. Habiéndoles contestado la duquesa que yo estaba ausente, aquellos hombres le declararon que iban á conducirla á París con todos sus hijos y que la tendrían prisionera hasta que yo hubiese parecido. La duquesa, asustada, me hizo volver á mi casa y vine aquí para salvar á mi familia.» Haciendo al representante de Carlos X este relato extraño, el duque de Orleans parecía dominado por el sentimiento de la violencia de que decía haber sido objeto, y hablaba con extraordinaria volubilidad. Pero después de haber explicado así su presencia en París sublevado contra el jefe de su raza, y cuando creyó á Mortemart profundamente convencido de la verdad de los hechos imaginarios que acababa de referir, el príncipe se calmó de pronto y añadió con cierta negligencia: «Los diputados me han nombrado teniente general del reino para quitar á Lafayette el medio de proclamar la República. ¿Se extienden vuestros poderes hasta la facultad de reconocermé este título?» Mortemart contestó que no, y á su vez preguntó al príncipe si tenía inconveniente en tranquilizar al rey por medio de una carta. El duque se apresuró á manifestar que celebraba poder enviar á Carlos X el testimonio de sus sentimientos de fiel pariente, y trazó para el rey las siguientes líneas:

«El Sr. de Mortemart dirá á Vuestra Majestad cómo me han traído aquí por fuerza; ignoro hasta qué punto esta gente podrá ejercer violencia conmigo; pero si en este espantoso desorden sucediese que me impusieran un título á que no aspiré jamás, esté Vuestra Majestad bien persuadido de que no aceptaré poder alguno sino temporalmente y sólo en bien de nuestra casa; se lo prometo á Vuestra Majestad.

»Mi familia comparte mis sentimientos acerca de esto.
»Vuestro fiel súbdito,

LUIS FELIPE DE ORLEÁNS.

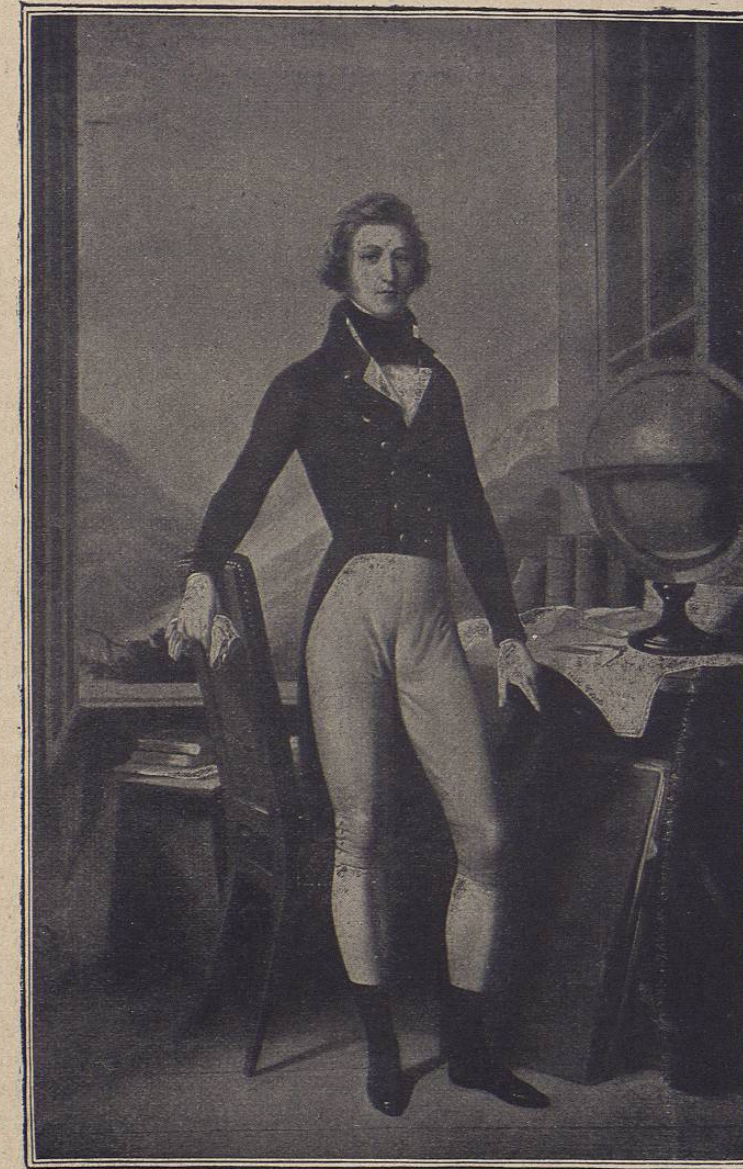
»Palais-Royal.—Julio, 31, 1830.»

El representante de Carlos X se volvió al Luxemburgo convencido de que el duque de Orleans era un verdadero Borbón. Pocas horas después, un nuevo enviado del príncipe pidió á Mortemart la carta que le había confiado y que éste se apresuró á devolverle. La situación había cambiado y con ella los sentimientos y el papel del duque. Carlos X, sabedor de que unos

una entrevista con el príncipe, que aceptó el cargo y firmó la siguiente proclama:

«¡Habitantes de París!

»Los diputados de Francia, reunidos actualmente en París, han manifestado el deseo de que yo viniese á esta capital para ejercer las funciones de teniente general del reino.



El duque de Orleans (Luis Felipe), copia del cuadro de Horacio Vernet existente en la Galería de Chantilly

1.800 insurrectos intentaban atacar durante la noche á Saint-Cloud, había abandonado precipitadamente esta residencia para retirarse con su familia más allá de Versalles. A instancias del monarca, Marmont se encargó del mando de la escolta real. Los fugitivos llegaron á Trianón á las tres de la madrugada. Para disimular aquella huida, el Delfín se quedó en Saint-Cloud con el grueso del ejército.

Serían las ocho de la mañana del 31 de julio, cuando la comisión de diputados encargada de ofrecer al duque de Orleans las funciones de teniente general del reino se presentó en el Palais Royal y pudo al fin celebrar

»No he vacilado en venir á compartir vuestros peligros, en colocarme en medio de esta heroica población y hacer todos mis esfuerzos para preservaros de la guerra civil y de la anarquía. Al entrar en la ciudad de París, llevaba con orgullo esos colores gloriosos que habéis vuelto á adoptar y que yo mismo ostenté mucho tiempo.

»Las Cámaras van á reunirse y buscarán los medios de asegurar el reinado de las leyes y el mantenimiento de los derechos de la nación.

»La Carta será de hoy más una verdad.

»LUIS FELIPE DE ORLEÁNS.»

Esta proclama fué acogida en la Cámara con ruidosas aclamaciones de entusiasmo y contestada con una declaración dirigida, no al príncipe, sino á Francia. Mientras tanto, la comisión municipal se veía obligada á publicar, á su vez, otra proclama destinada á calmar las pasiones efervescentes de la muchedumbre armada que rodeaba el Hotel de Ville, centro aquellos días del movimiento popular y de las fuerzas activas de la revolución. Había corrido el rumor de que la Cámara, contentándose con la revocación de los decretos y el cambio de ministerio, quería privar al pueblo del fruto de su victoria; que consentía en la vuelta de Carlos X á París; que la comisión municipal se prestaba á semejante sumisión, y que el duque de Orleans había llegado la noche anterior con el objeto de preparar el retorno del jefe de su familia. El manifiesto de la comisión municipal, que proclamaba la destitución de Carlos X, calmó al pueblo. Pero la proclama del duque de Orleans volvió á irritarlo. Para los revolucionarios, el duque era tan Borbón como Carlos X y había que expulsarlo como al rey perjuro. La agitación fué tan viva, el clamoreo tan fuerte, que sus ecos llegaron al Palais Royal y á la Cámara. Los diputados comprendían que el mantenimiento absoluto de la Carta de 1814 no bastaba á satisfacer las legítimas exigencias del triunfo popular y que era inevitable dar una satisfacción, siquiera aparente, á algunas de las reclamaciones formuladas contra ciertos artículos de aquella Constitución por los adversarios más intransigentes del último gobierno. Una comisión compuesta de los señores Benjamín Constant, Bérard, Guizot y Villemín, redactó el siguiente manifiesto:

«¡Franceses!

«¡Francia es libre! El poder absoluto levantaba su bandera, y la heroica población de París la abatió. París, atacado, ha hecho triunfar por las armas la causa sagrada que en vano acababa de triunfar en las elecciones. Un poder usurpador de nuestros derechos, perturbador de nuestro reposo, amenazaba á un mismo tiempo la libertad y el orden. Entramos de nuevo en posesión del orden y de la libertad. Nada hay que temer ya por los derechos adquiridos; ninguna barrera se levanta entre nosotros y los derechos que aún nos faltan.

«Un gobierno que sin dilación nos garantice estos bienes, es hoy la primera necesidad de la patria. ¡Franceses! los diputados que ya se encontraban en París se han reunido, y mientras llega la intervención regular de las Cámaras, han invitado á un francés que nunca combatió sino por la Francia, el señor duque de Orleans, á que ejerza las funciones de teniente general del reino. A sus ojos, es éste el medio de realizar pronto, por medio de la paz, el éxito de la más legítima defensa.

«El duque de Orleans es adicto á la causa nacional y constitucional. Siempre ha defendido los intereses y profesado los principios de esta causa. Respetará nuestros derechos, por cuanto nos deberá los suyos. Nos aseguraremos por medio de leyes todas las garantías necesarias para que la libertad sea fuerte y duradera.

«El restablecimiento de la guardia nacional, con la intervención de los guardias en la elección de sus oficiales;

«La intervención de los ciudadanos en la formación

de las administraciones municipales y departamentales;

«El jurado para los delitos de imprenta;

«La responsabilidad legalmente organizada de los ministros y de los agentes secundarios de la administración;

«El estado de los militares legalmente asegurado;

«La reelección de los diputados que acepten cargos públicos.

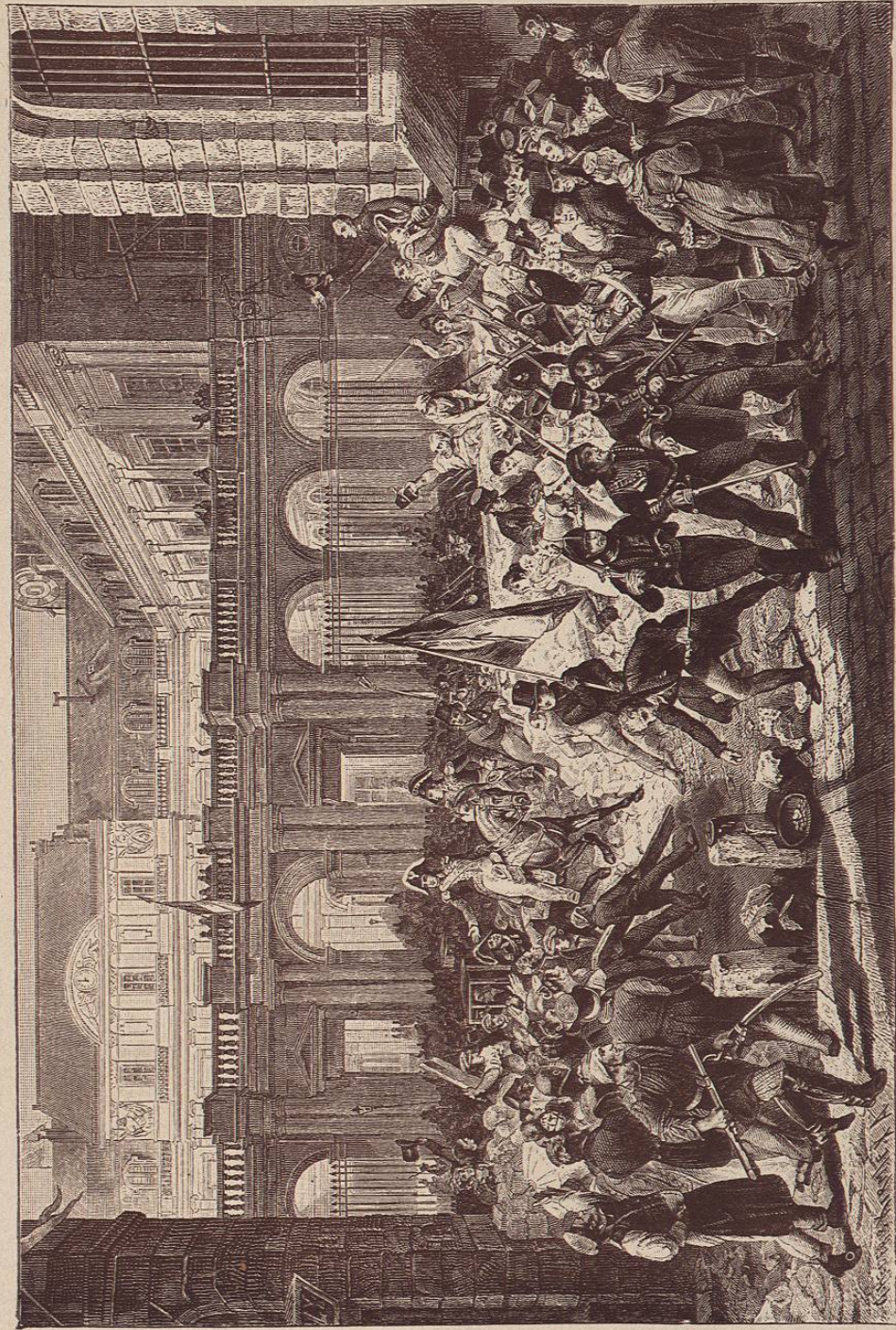
«Daremos á nuestras instituciones, de acuerdo con el jefe del Estado, los desarrollos que necesitan.

«¡Franceses! el mismo duque de Orleans ha hablado ya, y su lenguaje es propio de un país libre: las Cámaras van á reunirse, os dice, y buscarán los medios de asegurar el reinado de las leyes y el mantenimiento de los derechos de la nación.

«La Carta será de hoy más una verdad.»

Este manifiesto fué aprobado con entusiasmo y firmado por noventa y un representantes que se trasladaron luego en corporación al Palais Royal, donde fueron recibidos con suma afabilidad por el duque de Orleans, que se enteró del documento, manifestó su conformidad con los principios en él proclamados, se echó en brazos de Laffitte y se asomó con él al balcón, donde su presencia fué saludada con mil gritos de «¡viva el duque de Orleans!», «¡viva Laffitte!», dados por la muchedumbre reunida en los patios del palacio. La Cámara y el nuevo jefe del Estado salieron en comitiva para el Hotel de Ville, y á medida que se acercaban á este centro de la revolución, el entusiasmo de las masas en favor del duque de Orleans se convertía en manifestaciones hostiles. Cada viva lanzado al duque era contestado con los de «¡viva la libertad!», «¡abajo los Borbones!» Serían las dos de la tarde cuando el cortejo llegó á la Casa de la Ciudad, donde la comisión municipal y el general Lafayette recibieron cordialmente al duque. El general puso en la mano del duque una bandera tricolor y se asomó á uno de los balcones que dan á la plaza, abrazado al príncipe. Esta escena transformó súbitamente los sentimientos del pueblo armado, que descargó las armas en señal de júbilo, gritando «¡viva la Carta!», «¡viva el duque de Orleans!» El duque volvió al Palais Royal reconocido y aceptado por la revolución como teniente general del reino.

Mientras tanto, Carlos X daba un paso más hacia el destierro. En vano el Delfín había tratado de operar un movimiento ofensivo contra los insurrectos de París; las tropas que no se habían pasado á la revolución se habían negado á marchar contra ella; en todas las inmediaciones de la capital tremolaba la bandera tricolor. Hallándose insegura en Trianon, la familia real se trasladó á Rambouillet con una escolta de guardias de corps y gendarmes. El día siguiente, 1.º de agosto, llegó al mismo punto, aunque por distinto camino, la Delfina, disfrazada de labriega y procedente de Vichy. Todo el mundo se encontraba allí sin recursos. Las tropas, á media ración, no disimulaban su disgusto. La oficialidad se desquitaba cazando los faisanes del parque. La Delfina no tenía más ropa que la puesta. El rey, para atender á los gastos de su mesa, tuvo que vender la vajilla de plata; y el círculo de sus servidores disminuía por momentos. A estos síntomas de ruina se agregaban las noticias más desconsoladoras: la revolución, aceptada en todas las provincias, aplaudida en todas partes,



EL DUQUE DE ORLEANS YENDO DEL PALACIO REAL Á LAS CASAS CONSISTORIALES (31 DE JULIO DE 1830)
(Copia del cuadro de Horacio Vernet)